

ocasion de las pependas que se suelen trabar, precisamente entre aquellos que menos esperanza debieran tener de llegar á gustarlas; pero cuya sed en manera alguna es aplacada por el conocimiento de su indignidad.

Necesita el hombre ser mas que medrano estrategico para saber dirigir y tener á raya sus placeres, á fin de estorbar que mutuamente se aniquilen; pues cada uno de ellos es vora-

cisimo y propende, como la serpiente de Aarón, á engullir á las demas. Asi es que la bebida destruye la fuerza, el fuego agota los medios, la sensualidad estraga el gusto para disfrutar de otros placeres que aunque menos seductores son mas saludables y permanentes porque son puros.

(FIN.)

## CONVERSACIONES EN LA ALAMEDA



ENGO un humor negro que me hace insoportable á mi mismo: y parece que ahora que quisiera estar solo, mis amigos se han conjurado contra mí, pues me cercan, me importunan y no me dejan un momento libre. Pero gracias á Dios ya se fueron; podré pasearme en mi aposento, podré reir, llorar y revolcarme en el suelo: pero no me basta, es preciso respirar el aire libre del campo; pues bien está; al campo.—¡Pero á donde ir! ¿á dónde? á la alameda, ese paseo me encanta; allí respiraré aire puro, aire que no esté corrompido con el aliento pestilente de los cortesanos.—Cojo mi sombrero y atravieso las calles con precipitacion, como si alguien me siguiera: no veo á nadie, no oigo á nadie, mi único deseo es llegar á la alameda. Ya estoy en ella, ya me paseo por sus calles, formadas de árboles frondosos que apenas dejan penetrar algunos rayos del sol; ya respiro su aire embalsamado, y la frescura que despiden los fresnos y los sauces, llega hasta mi corazón. El mucho andar me ha cansado: me sentaré en esta glorieta que está sola y no será interrumpido en mis meditaciones. Pero quienes son aquellos dos personajes que están hablando al pié de aquel alamo? Si no me engaño, uno de ellos es D. Timoteo Renacuajo, literato segun él mismo se nombra, pero de aquellos literatos de que habla Moratín, que apenas saben leer. ¡Dios mio! qué fatalidad: pues no

se les ha ocurrido venirse á sentar cerca de mí: paciencia y oigamos sus despropósitos.—D. Timoteo era el que hablaba, y le decia á su compañero.—Amigo, en este México no se puede vivir, no se aprecian los grandes talentos, y por ejemplo, que en Europa hubiera hecho mi fortuna, como la ha hecho Chateaubriand y Lamartine, me veo precisado á vegetar en una miserable oficina: y gracias á que me ingenio y escribo algunos articulillos satíricos, (porque ha de saber V. que la sátira es mi fuerte,) pues como iba diciendo, estos articulillos se publican en los periódicos, y me pagan por ellos una corta cantidad; pero corta como es, no deja de servirme para cubrir una parte de mis necesidades.—¡Válgame Dios! respondió su compañero.—Pues como iba diciendo, propuse mis obras poéticas, que son bastantes, á un impresor, y por ellas le pedí la módica suma de tres mil pesos.—¡Válgame Dios! dijo su compañero.—Pues como iba diciendo, el tal impresor, que es un canibal, me ofreció seis ejemplares de mis obras cuando estuviesen impresas. ¿No le parece á V. que esta es una maldad?—¡Válgame Dios! respondió su compañero.—Pues como iba diciendo, no paró ahí su insolencia, sino que me ofreció, que si queria escribir en sus periódicos me pagaria diez pesos cada mes, y cinco y medio para cigarros: no le parece á V. que esto es tratar á uno como á escritorcillo de rincon?—¡Válgame Dios! era la respuesta.—Pues como iba diciendo; mis vastos conocimientos

en geografia, historia y bella literatura, me han dado un lugar distinguido en la sociedad.—¡Válgame Dios!—Pues como iba diciendo: ahora pienso escribir una geografia de este pais: quiero hacerle este rico presente á la juventud mexicana: por via de notas quiero ponerle algunas reflexiones sobre la division de los departamentos, y demostraré en ellas hasta la evidencia que el departamento de Chihuahua debe reunirse al de Oajaca, ¿no le parece á V. que esta reunion es muy conveniente?—Válgame Dios! era la respuesta.—Pues como iba diciendo: tambien pienso escribir un compendio de historia universal, para el uso de nuestra juventud: en ella fijo precisamente la época en que Rómulo reinó en Cartago, el dia y la hora del nacimiento de Sesostris. ¿Le parece á V. bien mi proyecto?—¡Válgame Dios!—Pues como digo: voy á publicar en alguno de los periódicos de esta capital, las impresiones de mi viaje á Levante, en donde he adquirido multitud de conocimientos útiles, así como mi viaje pintoresco al polo boreal. (Después supe que él llamaba su viaje á Levante á un paseo que dió á Orizava, y su viaje al polo boreal, otro paseo que dió á Querétaro.) Fastidiado de oír tanta necedad, y no ménos admirado del entevano que lo acompañaba, me fui á sentar á otra glorieta á donde me creí libre de importunos; pero de que uno está de malas es preciso resignarse y tener la calma de un filósofo.

Apénas me habia colocado en mi nuevo asiento, cuando se paró delante de mí un hombrecillo de edad proveccta, el cual llevaba á cuestas una abultada giba que le obligaba, mal de su grado á inclinar el cuerpo: se apoyaba en el brazo de un jóven de rostro abronzado, con polaca á guisa de barboquejo, formada de una barba que, á fuerza de menjerges habia hecho salir: es uno de los principales *dilettantis*. Como hablaban en voz alta, me fué facil escuchar su conversacion que era bastante acalorada.

El de la giba decia, aplicando su anteojo de vez en cuando á todas las jóvenes que pasaban por aquel lugar: qué muchachas tan preciosas, es lástima que no se acostumbre en este pais la poligamia; no se puede negar que en esta parte de la legislacion de los turcos es muy sabia.—Es verdad, dijo su compañero.—Qué me incomoda, prosiguió el de la giba, que usen los tunicos arrastrando, daria una ley de buena gana, para que las mugeres, (de quince á treinta años, se entiende,) usasen los tunicos un poco altos, para que mostrasen sus pulidos piés á los transeuntes.—Es verdad, contestó el compañero.

A este tiempo pasó una jovencita, como de quince años, en cuyo semblante estaban pintados la modestia y el pudor, la cual iba acompañada de una respetable anciana, que parecia ser su mamá; pero ni la modestia de la jóven, ni las venerables canas de su compañera, fueron bastantes á contener al viejo libertino, quien inclinando la cabeza hácia la tierna doncella le dijo con aire chocarrero adios chul... no pudo acabar la frase, porque una tos importuna vino á interrumpir su galanteo.

Después de haber tocado bastante, le dijo á su compañero, que muchacha tan bonita, es lástima que esa pulida flor, no hermosee nuestros teatros, nuestros paseos, nuestras tertulias: y por mi parte me ofreceria á ser su protector, porque tengo buen corazón (para con las muchachas bonitas se entiende), ¿qué dice vd. de esto mi amigo?—que tiene vd. buen gusto, respondió el del barboquejo, sonriéndose, como se sonrien los mentecatos.

En eso estaban, cuando pasó á corta distancia otro viejo, vestido con mucha elegancia, muy tieso y muy seco; tan seco, que al verlo creí que era alguna mómia que se habia escapado de Egipto y que se habia vestido á la última moda para venir á lucir su esqueleto en México. Esta mómia seguia á una distancia regular á una muger, que tenia todas las apariencias de una ramera: á poco andar se le acercó y le habló algunas palabras, que por la distancia á que yo me hallaba no pude percibir, pero en sus movimientos manifestaban que eran conocidos viejos.

Quise retirarme á mi casa, porque ya estaba empachado de ver y oír cosas que me desagradaban. Pero estaba escrito en el libro de los destinos que tenia que sufrir mas antes de salir de la Alameda, porque se me presentó un sugeto conocido mio, y abrazándome con todas sus fuerzas, que las tiene muy superiores, porque el tal hombre por poco me sofoca entre sus membrudos brazos. ¿Qué hace vd. aquí tan solito, me dijo, siempre embozado en su capa, vaya que estos jovencitos del dia con su modestia nos avergüenzan á nosotros los viejos: sin conocer el muy zopenco que á lo que él llama vergüenza yo le doy el nombre de pobreza. Conque cómo está V., qué dice el mundo?

—¿El fisico ó el moral?

—Los dos.

—El fisico, tal cual, aunque en lo general algo enfermizo. El moral muy mal, porque ha llegado á su colmo la degradacion de la especie humana.

—Tiene V. razon, hemos llegado á unos tiempos

pos muy lamentables, ya no hay honor ni delicadeza en los hombres, y se puso á llorar como un chiquillo.

Esto me irritó, porque sé que este sugeto se arrastra como las víboras delante de cualquier mequetrefe por recoger una migaja de pan que le arrojen desde la mesa, así es que, procuré deshacerme de él lo mas pronto posible.

—¿Y que ya se retira V?

—Si señor.

—Pues mi amigo ya sabe V. que todo lo que poseo está á su disposición: mi casa, mi mesa, todo es de V. ¿Cuándo me va V. á visitar? tendré mucho gusto en partir mi pan con V. y en que V. honre mi pobre choza.

—Un dia de estos pasaré á hacerle á V. una visita.

—Pues cuando V. guste, ya sabe V. en donde vivo, callejon de sal si puedes, allí está su casa de V.

—Mil gracias.

—Se me olvidaba decirle á V. que no me han llevado el Liceo hace dos semanas.

—¿Qué tengo yo que ver con el Liceo?

—Como V. es uno de los redactores.

—No señor, V. se equivoca, no soy redactor ni quiero serlo; doy de vez en cuando algun articulillo mal zurcido, por gusto, y nada mas.

—¡Ah! conque no es V?...

—No señor, no señor; ya se lo he dicho, y lo repetiré mil veces.

—Pero V. los conoce y puede decirles que no se les olvide mandar su periódico al callejon de sal si puedes.

—Si señor, se los diré, y cómo que se los diré.

—Mil gracias, ya no quiero detenerlo mas adios; y me volvió á dar otro abrazo; pero el abrazo!

Salí de la Alameda renegando de mi traza suerte; al entrar en la calle de S. Francisco una rociada de lodo me cubrió el cuerpo de piés á cabeza; vuelvo la cara y veo que un maldito chaparro con sombrero de jipijapa con un frágil medio militar y que montaba un quitrin, no muy elegante, era el que me habia puesto de lo lindo. Cuando me vió, sin hacer caso del lodo que su maldito quitrin me habia arrojado, me dijo adios señor Retacuacheco de Jaurarena, ¿quiere V. ir á Tacubaya, allá está el tio; yo que ni sé quién es ni si tiene fin en Tacubaya ó en México, no le hice caso y me apresuré á llegar á mi casa lo mas pronto que me fuese posible, antes de que me sucediera otra desgracia.

sistencia, tan cierto es el amor natural del suelo patrio, de la independecia y de la libertad, que nos estrecha á que nos combatamos aun con unos semidioses. Atlahualilpa despues de tiranizar bastante al pueblo, y de haber celebrado unos convenios con los españoles para poner fin á una guerra sangrienta y desastrosa, cuando pasaba á darse el abrazo de amistad, murió acusado falsamente por un traidor; suerte comun de los tiranos: su hermano que no habia sido tan déspota dejó de existir por la afliccion que le causó la violenta muerte de Atlahualilpa. He aqui el término de la usurpacion.

Manco entónces procuró tomar su trono; era un jóven de bella indole, y apenas contaba de edad diez y ocho años. Pasó, pues, al Cuzco á ver á Pizarro, que era gobernador, y confesó con él acerca de su monarquia, y á pedirle que le diese la borla. Francisco no comprendió muy luego la demanda de Manco, pero informado de ella y de lo que debia hacer para complacerle, tomó la borla, y á presenciamiento de todo su pueblo púsola sobre su cabeza, de lo que quedó sumamente gozoso el Inca, y así él quedó gozoso como su pueblo. Cuando Manco fué á presentarse al gobernador, no se hizo conducir, segun costumbre de sus antepasados, en ricas andas de oro, sino de madera en las que fué, y de los españoles y del gobernador recibió muy buena acogida, y con la misma veneracion y respeto le trataron que si fuera el propio rey de Castilla su soberano. No sin fundamento se hizo llevar en andas de madera, porque no se juzgara de él que cuando iba á solicitar una gracia, se presentaba con orgullo, como queriendo demostrar que ya era monarca reconocido el mismo que pretendia se le reconociese. Así, pues, que Pizarro, como llevamos dicho, alcanzó á entender su pretension, colocó en la cabeza la borla encarnada, y luego creyó él que estaba ya reconocido solemnemente señor de sus dominios.

Pasáronse algunos dias, y con ellos el engaño de Manco, que perdida ya toda esperanza de gobernar con libertad, propuso de no llevar adelante las treguas y capitulaciones con Francisco Pizarro por Atlahualilpa, y que él habia ratificado, sino de hacerles la guerra, y de conquistar con la fuerza de sus armas el imperio. Esto despues de retirarse de en medio de los conquistadores, y de demandarles otra vez su gobierno.

Cosa es cierto clara, que mas fácil fué á Pi-

zarro, Almagro y sus compañeros, que emprendieron la conquista de la América meridional, apoderarse de ella que á Cortés de la Nueva-España. Y nose diga que los primeros encontraron pueblos débiles respecto de las armas que ellos llevaban, y desnudos y descontentos por los tiranos que los presidian porque igual razon milita de parte del segundo: aun hay mas, que aquellos aunque mirados como hijos del sol, y señores para quienes estaba destinado el pais, segun el pronóstico de Huainacha, soberano á quien tenian en mucha estima, sintieron sin embargo resistencia, cuando Cortés halló aliados por todas partes que al principio como enemigos le resistieron un poco, es cierto, pero muy pronto se reunian para derribar al coloso de Tenochtitlán. A pesar de todo, si la conquista exigió en la Nueva-España mayores esfuerzos, terminada ya no fué tan grande la ambicion de los vecinos nuevos que la poblaron, que no fuera por sí sola parte bastante á contener la morigeracion de los gobernadores ó vireyes que de la corte eran enviados, y aun fué suficiente á poner limites al mismo Cortés. Así que, hecha la conquista de la Nueva-España, no fueron ya mas regados sus campos de sangre humana, sino cuando alguna vez los indios movidos del deseo innato de recobrar su independecia, enarbolaban el estandarte sagrado de la libertad, y ponian á las autoridades de Castilla en la precision de defender los derechos del soberano. No aconteció de la misma manera en el Perú, donde si bien facilmente se plantaron las armas de Castilla en medio de la capital misma, nada pudo detener á los conquistadores en sus excesos, ni reprimir á las mismas autoridades que se descmedian muy á menudo, y tanto, que solo la conducta de Blasco Muñoz hizo odioso el nombre de virey, siendo él apenas el primero, como él de rey Calígula, Tiberio, Neron, entre los romanos, dice el Inca Garcilazo de la Vega. Y no paró en esto, que hubiera sido ménos malo que esto solo fuera, sino que tomaron las armas unos contra otros, y reconociendo y respetando y defendiendo y sosteniendo la autoridad del rey, combatia Pizarro, y combatia Almagro y combatia Nuñez, y combatia en fin, todo el Perú, porque todo el Perú se dividió en bandos, se dividió en partidos, se dividió en facciones, y cada bando y cada partido y cada faccion peleaba por el soberano.

El Inca en tanto que esto pasaba, habia conseguido de Francisco Pizarro que le hiciese jurar y reconocer como soberano, y él mismo le juró y reconoció: detúvole sin embargo en el

# MANCO CAPAC Ó YUMPANGI.



**I**JO y sucesor de Huainacha, Manco Capac ó Yumpangi, de los últimos restos de los Incas, era él á quien tocaba tomar la borla encarnada (1) muerto su padre. Mas la ambicion de Atlahualilpa y de su hermano la arrebató de su frente, y dividió la monarquia en dos porciones. Esto

(1) Para tomar posesion los indios del trono, se colocaban en la cabeza una borla encarnada que gastaban en vez de corona.—S.

pasaba en el Perú, al mismo tiempo que soldados españoles pisaban ya aquel suelo, mentando de dia en dia sus conquistas en parte meridional de la América, luchando con los Incas con el poder sobrehumano (2) de los Veracochas, (3) que como hijos del sol, los harian sucumbir á pesar de su

(2) Tenian, se dice, á los españoles por hijos de Dios, y con un poder venido del cielo.—S.

(3) Con esta palabra distinguian á los hijos del Sol.—S.

Cuzco, si con mas miramiento que Cortés á Moctheuzoma en el palacio de Acayacall su tio, no con diferente respeto ni bajo diverso pretesto, pues que detenido en calidad de prisionero se le pretestaba que era por afianzar la seguridad de los españoles con su presencia, y por cierto que en esto no se le engañaba. Separóse del Cuzco Francisco Pizarro que emprendió una expedicion al Chile, mas no descuidó de encomendar á su hijo natural Juan, la guarda del monarca indiano, que le recomendó muy especialmente. Permanecieron durante algun tiempo en buena paz y armonia Manco y Juan Pizarro, mas al fin cansóse aquel de la esclavitud en que se le tenia y tentó el medio de huir. Así, para conseguirlo, hizo reunir á los principales de entre los suyos, y acordaron de salir en la noche, y hacer guerra á los españoles hasta recobrar su antiguo poderio y grandeza. No pudo concertarse esto tan de secreto que no lo entendiesen luego los de Pizarro por un yanacona (4) que no llevaba á mal como ninguno de los suyos la esclavitud de los pueblos peruanos que daba á ellos libertad. Por esto apénas salido de la ciudad, y poco distante de ella, Manco, á la hora convenida fué presto alcanzado por los comisionados de Juan Pizarro, que no descuidó de nombrarlos de entre las personas mas activas.

Aquí es muy de ver y admirar la fidelidad de los vasallos del Inca que iban en su compañía, á quienes preguntándoles los emisarios de Pizarro por su señor, que la oscuridad de la noche les impedía distinguir, ántes se dejaban maltratar que confesasen que iba entre ellos, y dícese, por ejemplo, que habiéndole atado á uno unos cordeles en las genitales, mas bien dejó que torciendolos, le lastimasen, que llegase á descubrir á Manco, del cual decía que no habia salido del Cuzco, y que allí se habia quedado, y esto lo dijo en la mayor fuerza de los dolores, y cuando ménos esperanza tenia de que le dejaran; hecho es este muy digno de que se crea, por referirlo el cronista Herrera, en quien se nota mucha parcialidad hácia los españoles y que por lo mismo no habia de decir cosa en contra de estos, á no ser muy notable y que no pudiera encubrir. Como entendiera Manco que sus enemigos se acercaban á sus andas, y sospechando que pudiese ser descubierta, luego al punto se precipitó de ellas y

(4) Con este nombre distinguian á estos pueblos á sus esclavos, los cuales tratados con el mayor rigor no perdian ocasion por recobrar su libertad de impedir que los indios la alcanzaran.—S.

corrió á esconderse entre unas matas, donde le hallaran si él que ya se creia descubierto, se presentara, suplicándoles que nada le hicieran, puesto que si habia salido del Cuzco, no era porque huia, sino que llamado de Diego de Almagro pasaba á verle. Esta frivola disculpa no luego á confirmar las sospechas de los españoles, que le hicieron retroceder, guardándole las consideraciones debidas á su dignidad, si bien al principio no dejaron de tratarle con algun menosprecio, lo que obligó á un indio que les reprendiera su falta de atencion por lo que sufrió este infeliz que se le maltratase.

Llegado Manco á la presencia de Juan Pizarro, reconvínole este dulcemente por su conducta, é hizole llevar á su casa, y aquí fué la afliccion de Manco cuando encontró que durante su ausencia los soldados le habian secuestrado. Esto lo determinó á volverse á escapar; huyó de nuevo con igual éxito que la vez anterior, y con peores consecuencias, pues Pizarro le hizo poner guardas y centinelas que guardasen su persona y no le dejasen salir mas. Así custodiado el Inca, se apareció su tio Tambo, y mas cerca á las inmediaciones casi del Cuzco, invitándole á salir, que allí le esperaba con gente que le ayudaria á recobrar su reino. Pizarro entendió esto, mandó á atacar al Inca que fué cogido prisionero, mas no del mismo modo su tropa que se fortificó en un peñol, habiendo recibido un mensajero de Manco que les decia le esperasen y se mantuvieran firmes, entretanto que podía escapar de los españoles, y llegar á unirseles. Pizarro que habia dispuesto atacarles y les atacaba con poca dila de su parte, supo de un yanacona que le mandó decir á los que le resistian, é hizo que un capitán suyo que se hallaba á su lado y ofreció espontáneamente, marchase á acordar con el Inca, el modo de hacer que cesase aquella resistencia. Prestose el Inca no de su voluntad, á que en nombre suyo pariera aquel capitán á convenir con los del Inca proposiciones que les hicieran desistir de ir á capturar, y á una señal logró que se le escuchase, y propuso cautelosamente, no con arreglo á las instrucciones de Manco en nombre de Manco, habia ido con otros cuatro indios. Volvió dar cuenta á Juan Pizarro, encargándole que disfrazar con el traje y pinturas con que se adornaban los indios, á cuatro soldados españoles, y que ocultamente le siguiesen otros cuatro para tomar el fuerte, luego de abierta la entrada así que él con los disfrazados se hubiesen

cho presentes. Mandólo en efecto hacer así Juan Pizarro, y el capitán salió y con él los cuatro; y seguidos de otros todo como lo habian dispuesto, presentóse en el fuerte, hizose abrir, y habiendo ya entrado se precipitaron con violencia los que de oculto los seguian, y causaron gran mortandad y destruccion en los descuidados indios, á quienes no pasaba por las mientes que tal felonía se cometiera por el emisario de Manco. Así tomado el fuerte por Juan Pizarro en virtud de un ardid de guerra de aquellos que por su buena fé se dan muy de cerca la mano con la política de los gabinetes, volviése el victorioso capitán al Cuzco gozoso por el triunfo de sus armas, y por la fuerza de su brazo y por su arrojo y por su intrepidez, y por su valor y por su serenidad en el combate: arrojo, intrepidez, valor, y serenidad muy comunes en los grandes capitanes, que como Juan Pizarro usan sus armas con un enemigo vencido ya por una traicion canonizada con el nombre de ardid de la guerra, harto frecuente en los que aparecen vencedores por mas que no hayan alcanzado una sola victoria peleando frente á frente con el enemigo.

Aumentábase de dia en dia la desesperacion de Manco que se comunicaba á sus pueblos, y estos ardian ya por combatirse y llegarse á las manos con los españoles; pero antes era preciso sacar de entre ellos á su señor. Este habia sentido y deplorado la traicion que en su nombre se cometió, y su pecho no respiraba ya mas que venganza: hubiera mejor sacrificado á los manes de las víctimas de Juan Pizarro á los indigenas que este capitán llevaba consigo, bien que fuese de la misma familia y sangre real, que sacudir el yugo que sobre él pesaba y sobre su pueblo. Solo Herrera ha podido llamar cruel, sanginario y hombre que habia perdido su bondad natural á este principe ilustre, porque se sentia animado del deseo de castigar á unos súbditos, que no contentos con aliarse á los enemigos de la patria, crimen verdaderamente nefando é irremisible, se estendia á tomar el nombre de su legitimo monarca, ya no siquiera para hacer cesar el combate y sujetar á la calidad de prisioneros á sus compatriotas, sino para ponerlos en poder de asesinos con quienes ellos mismos iban á la par en las atrocidades.

Habia venido por estos dias de España Hernando Pizarro, hijo tambien de Francisco, con instrucciones del rey para hacer repartimientos y dar el gobierno de Cuzco á Diego de Almagro el Adelantado; pero llegado al Perú y entrado en Cuzco confereciendo con su hermano Juan, sabedor de que Almagro se hallaba

fuera en expediciones, convinieron de no darle el gobierno y de tomarle á su cargo el mismo Hernando. Así resuelto y encargado éste del gobierno, halló ocasion Manco de recobrar su libertad; mas antes le fué preciso hacerse pasar por muy amigo del gobernador en concepto de éste, prestóle con este intento algunos servicios que le grangearon su afecto: hizole entre otros el presente de una estatua de oro consagrada á su padre, y por último, para acabar de engañarle le pidió la compañía de unos españoles de sus mas favorecidos y que mas confianza le mereciesen, para que con ellos fuera á traer la estatua y demas preciosidades que le tenia de llevar segun sus ofrecimientos. Creyólo el sencillo Hernando y le dejó ir de Cuzco con algunos capitanes suyos como él le habia pedido, y no conoció su error hasta que la vuelta de aquellos se lo hizo manifiesto.

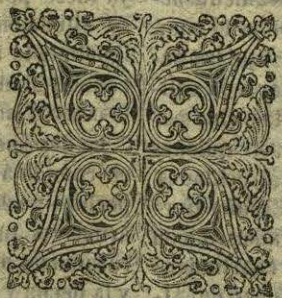
Es de saber que luego como ya Manco se vió fuera de Cuzco, comenzó á caminar camino de Tambo adonde le esperaba su tio Tzio, que habia logrado salir libre, y llegado que hubo á aquellas montañas despidió á los españoles que consigo llevaba, diciéndoles que se fuesen puesto que ya no habia menester la compañía y que dijeran al gobernador como ya le dejaban en medio de los suyos y dispuesto á volver sobre la ciudad que determinaba combatir. En seguida, idos los españoles, se hicieron sacrificios al sol, y reunidos los ancianos y todo el pueblo acordaron de emprender la guerra. Pizarro (Gonzalo) salió á atacar á Manco, pero este volvió sobre aquel persiguiéndole hasta hacerle meter en la ciudad, que apenas defendian doscientos españoles y mil indios, cuando de la parte del Inca se contaban ya doscientos mil y mas combatientes, con los cuales puso sitio á Cuzco.

Hallábase á la sazón Francisco Pizarro en la ciudad de los Reyes, y por mas que sus hijos de Cuzco le pidieron auxilios no los prestaba, ya fuese porque no recibia noticia alguna de su situacion, ya tambien porque se hallaba igualmente necesitado de que le socorrieran cuando Manco no habia descuidado de sitiarse como á sus hijos en el Cuzco.

La desesperacion de estos les obligaba de vez en cuando á salir contra el enemigo á pelear pecho á pecho, y si bien la superioridad de sus armas les proporcionaba en las pequeñas escaramuzas algunas ligeras ventajas, la piedra y la flecha y la gritaria de los indios les causaban con todo algunos reveses considerables si se atiende al reducido número de sus tropas. Viendo los indios que sin una ventaja grande

se les hacian diariamente sus destrozos, determinaron dar fin al sitio destruyendo los edificios de la ciudad. Al efecto ponian al fuego las piedras antes de colocarlas en las hondas, y ya encendidas las arrojaban, alcanzando así hacer destrozos considerables. La desesperacion puso valor en el ánimo de los sitiados y procuraban desalojar de todas sus fortificaciones á los sitiadores, tomaban una, y apenas entraban en ésta volvian á salir por el vigor de los contrarios que cargaban contra ellos con mas fuerza y en mayor número. En uno de estos encuentros, alojados en un fuerte, desde el cual hacian sentir mucho á los sitiados, se trataba á toda costa de tomarlo á fin de que padeciera menos la ciudad. Juan Pizarro por delante quitado el casco de que se servia en aquel momento como de escudo, penetró hasta el interior de la fortificacion, pero su empresa no le salió como lo habia imaginado; recibió una fuerte pedrada en la cabeza que le causó una herida de que murió á los quince dias. Tomóse sin embargo el fuerte con pérdida bastante de una y otra parte, lo que desanimó en extremo á los indios por mas que Herrera y el reverendo padre Calancha nos quieran persuadir que este desaliento fué debido al milagro de que tratando los indios de incendiar un templo con lo que creian rendidos á sus contrarios, arrojando piedras ardiendo al templo, que como se hallaba construido de madera y el techo de paja, deberia por lo mismo quemarse todo, cuando ya aparecia quemándose, de repente se mató solo el fuego, con lo que sorprendidos juzgaron que visiblemente combatian con el poder del cielo.

Esperaban pues los Pizarros el socorro de su padre; pero esperaban en vano teniendo igual necesidad en los Reyes, donde tambien se le puso sitio. Sufrió como sus hijos fuertes



y continuados ataques, y desesperado el Inca de obtener una victoria decisiva, y desconfiando Pizarro de sus propias fuerzas cesaron como en el Cuzco las hostilidades, y cuando Manco entendió que se acercaba tropa enemiga pensó en retirarse; mas aguardó unos dias para cerciorarse de quién era el capitán que comandaba el auxilio porque muy bien podia ser que fuese algun amigo.

Como Manco creyera que pudiera venirle socorro de parte de los españoles muy fácil es de entender sabiendo su fina y astuta política. Al comenzar su sitio y aun antes, cuando se hallaba entre los conquistadores habia procurado introducir la discordia entre ellos porque juzgaba fundadamente que divididos le seria muy fácil destruirlos. Así logró en efecto desvenir á Almagro con los Pizarros y tenerlo por aliado. En sus últimos ataques conviene saber cómo empleó ya las armas españolas, porque los que á causa de la discordia se hallaban con él, le habian adiestrado en su manejo y en el del caballo y le hacian pólvora. Así se sorprendieron sus contrarios cuando vieron que manejaban el arma de fuego con destreza y que montaban con habilidad en buenos caballos: si acaso hubieran continuado resistiendo habrian sacado mayores ventajas que hasta allí. En tal estado se hallaban á la llegada de Almagro que salió de Chile fastidiado de buscar allí riquezas que no encontró y para pelear con Pizarro el Cuzco, cuyo gobierno sabia le habia sido dado por el rey de España. Con estas intenciones venia á tiempo que, sabedor de la revolucion, se le presentaron unos emisarios del Inca para hacerle entender que Pizarro se opondria á darle el Cuzco.

(Continuad.)

## CANTATA EPITALÁMICA, <sup>(1)</sup>

PARA EL DIA DE LOS FELICES DESPOSORIOS DE MIS HIJOS

AGUSTIN SANCHEZ DE TAGLE Y LOISA DE BOCANEGRA.

**Q**UE quieres, niño Amor, que ni te asusta  
Mi faz rugosa, ni mi pelo cano?  
¿No basta que á tu imperio soberano  
Vida y voz consagré, mientras robusta?  
¿Intentas que arda la ceniza? ... injusta  
Fuera tu pretension, tu empeño vano;  
Que el triste yelo de mi pecho anciano  
A tus ardores mal asáz se ajusta.  
Mas nada escucha tu afanosa prisa;  
Mis viejas venas con tu fuego inflamas;  
Ordenas *cánte*, en Agustín y Luisa,  
De tus proezas la que tú mas amas.  
Ya obedece mi Musa profetisa,  
Y el himno entona de tus sacras llamas.

Esta quinta deliciosa  
Te vió, mi Agustín, un día,  
Correr tras la mariposa  
Y lucerna vagarosa,  
Con pié debil todavia

Tu carrera vacilante  
¡Cuantos me costaba sustos!  
Que cayeras cada instante,  
Como aprehendia el pecho amante,  
Me eran temores tus gustos.

Llamabas con risa ufana  
A tus queridos hermanos  
Para cortar flor temprana,  
O alzar caída manzana,  
Que aun no te cabia en las manos,

Cansado de fiesta y juego  
Al regazo de tu madre  
Venias, sudoroso, luego;  
O cariñoso, á mi ruego,  
A los brazos de tu padre.

Con las manos te colgabas  
De entrambos cuellos paternos,  
Y blando los alhagabas,  
Y amoroso retornabas  
Los nuestros con besos tiernos.

Mas no sin mezcla de azares  
Corrieron siempre esos dias;  
Amarguras singulares,  
Susto cruel y pesares  
Turbaron mis alegrías.

Aquí tu preciosa vida  
En gran riesgo, á mi presencia,  
Puso una grave caída:  
¡Ay! daba el alma aflijida  
Por la tuya mi existencial

Todo pasó ya, cual sueño  
Que disipa el despertar:  
A uno se siguió otro empeño:  
Cambió el corazon de dueño  
Y de afectos el amar.

Ese fresno cuyas ramas  
Agora vientos no mecen,  
Y pasan del sol las llamas,  
Y á ti y al idolo que amas  
Sombra grata les ofrecen,

Entonce apenas alzaba  
Vara, poco mas, del suelo,  
Y vaivenes le causaba  
El Gorrion que en él posaba,  
Cortando su alegre vuelo.

A la par con él creciste  
Y, ya robusto mancebo,

[1] Habiendonos proporcionado un amigo nuestro esta composicino poética de nuestro distinguido literato el Señor Don Francisco Manuel Sanchez de Tagle la insertamos con la mayor satisfaccion.

(Los Redactores).

En su corteza escribiste:

„Luisa, mi amor que admitiste  
Será eternamente nuevo.”

¡Como! ay! las horas rapidas volaron;  
Y los dias velocisimos corrieron;  
Y en pos de ellos los años se pasaron!  
¿Donde están ahora? ¿donde? ¿Que se hicieron?

Otras llegaron ya y otras esperan;  
Como á mi sigue mi hijo idolatrado;  
Mas todas, todas, á la par, se esmeran  
En darle cuantas dichas he gozado.

Y mas; pues muchas mas están escritas  
En el libro adorable del destino,  
De pura luz con letras esquisitas  
Que invariables formó dedo divino

Del Supremo Hacedor, que aquese espacio  
Donde se pierden vista y mente humana,  
Pobló de islas de luz, y de topacio  
Las puertas colocó de la mañana;

Y solo sabe donde, en que manera,  
Movil ó fijo, el último lucero  
Puso; á decir á la creacion entera:  
„Solo Dios mas allá de este lindero.”

Muy antes, hijos míos, que los millones  
De seres el eterno fabricára,  
Ya decretó formaros corazones  
Propios para la union á que os prepara.

Su mente os traza en grata semejanza,  
Que mútuo siempre dulce amor inspira;  
Principio cierto de feliz alianza  
Y de hermosura que en la prole admira.

El modo luego, y la sazon ordena  
De daros las virtudes conyugales:  
Sus gracias os destina, á mano llena,  
Para haceros felices y leales.

Ni á vuestros padres su bondad inmensa  
Olvida en esos planes amorosos:  
Dotarlos quiso de ternura intensa,  
Por que en vosotros fueran venturosos.

Cuando le plúgo realizar su intento,  
Crió aquesos orbes, sin cesar girando;  
Y ellos, midiendo siglos, el momento  
Nos allegan, que estamos disfrutando.

El sol asoma en el rosado oriente  
Radioso, como nunca, en este dia:  
Perfuman mil aromas el ambiente;

Todo respira dichas y alegría.

El lazo santo ha unido vuestra suerte;  
Y el mismo Dios eterno el nudo sella  
Que no desatará sino la muerte;  
Yá son uno Agustin y Luisa bella.

Dulces prendas del alma paterna,  
Vuestra dicha felices nos hace;  
Juventud en nosotros renace;  
Ya sentimos su ardiente vigor.

Esa union de dos almas eternas,  
Ese fuego que siempre ha de arder,  
De mil bienes la causa vá á ser;  
La há jurado el supremo Hacedor.

Dos arroyos juntándose en uno,  
Luego forman el rio caudaloso,  
Que hasta el mar llegará proceloso,  
Esmaltando sus bordes Abril.

A este modo serán, de consuno,  
Por vosotros en una reunidas  
Dos familias, del cielo queridas,  
Y á la patria darán hijos mil.

En las frentes los tiernos abuelos  
Recibiendo de nietos festivos  
Dulces besos, de amor expresivos,  
Se enagenan en sumo placer.

Vuelan luego, temiendo los zelos,  
De sus padres al caro regazo,  
Y duplican los mimos y abrazo  
Conque en dichas los hacen crecer

Mi buen hijo, de mis bendiciones  
Copia inmensa recibe este dia,  
Y esa prenda de tanta valia,  
Que es ya tuya, la goza sin fin.

La virtud regirá tus acciones;  
El amor premiará tus afanes;  
De tu padre dichosos los manes  
Por tu causa serán, Agustin.

Dulce Luisa, virtud y hermosura  
Te dió el cielo, bondoso contigo;  
Agustin te vá á ser fiel amigo;  
Tu á él feliz, y el feliz te hará,

Yo por colmo os deseo de ventura  
Hijos cuales habeis siempre sido.  
Oye ¡ó Dios! este ruego encendido,  
Y pronuncia, infalible será.—*Canté.*

